

á cabeza y mirar con terror lo por venir y las profundidades de su corazón.

Refrenó esta lucha interna la entrada de Glauco, que venia á curar al enfermo. La brusca interrupción del coloquio contrarió de tal manera á Vinicio, que, reflejándosele el disgusto en el semblante, contestó á las preguntas del médico con cierta displicencia; y, aunque recobró presto la calma, á Ligia se le desvaneció la ilusión de que las enseñanzas del Ostriano hubiesen podido modificar aquella naturaleza indomable. En el pecho del tribuno continuaba latiendo un corazón duro y egoísta, un corazón genuinamente romano. Solamente había sufrido variación en lo que á ella afectaba.

Ligia se alejó al cabo, confusa y temblorosa. Hasta entonces, en sus oraciones, había ofrecido á Cristo un corazón inmaculado y puro como una lágrima; ahora la turbación empañaba su espíritu: en el cáliz del blanco lirio había penetrado roedor gusano. No obstante llevar dos noches en vela tuvo el sueño intranquilo, agitado por pesadillas. Soñó que se hallaba en el Ostriano y que de pronto aparecía Nerón al frente de su cortejo de augustales, coribantes y gladiadores, aplastando, bajo las ruedas de su carro adornado de flores, á los cristianos; que Vinicio la cogía del brazo y la subía á su carro susurrándole al oído: «Ven con nosotros.»

V

Desde aquel día Ligia apenas se dejaba ver en la sala común y mucho menos se acercaba al lecho de Vinicio; pero no logró con esto recobrar la calma. El tribuno la seguía siempre con la misma mirada suplicante; aguardaba como especialísima gracia sus palabras; sufría sin atreverse á exhalar queja alguna por temor de desagradarla. Era evidente que sólo de ella esperaba la salud y la alegría. Comprendió Ligia y sentía el corazón inundado de piedad. No tardó en advertir que cuanto más procuraba sustraerse al cariño de aquel hombre, más intensa era la ternura que llenaba su alma y más delicados y dulces todos sus sentimientos. Perdió el sosiego y acabó por persuadirse de que la doctrina de Cristo la obligaba á estar á su lado con mayor asiduidad, fundándose en que, además de mandar Dios que se

devuelva bien por mal, no era imposible conseguir la conversión del tribuno. Pero bien pronto le indicaba la conciencia que éstas no eran sino argucias sugeridas por el amor. La formidable lucha interna, sin tregua ni reposo, se exacerbaba de día en día. Imaginó haber sido cogida en una red y que cuantos más esfuerzos hacía para salir de ella más aprisionada quedaba en sus mallas. Por fin tuvo que confesarse á sí misma que el deseo de ver á Vinicio se acrecentaba por momentos, que la voz de éste le sonaba cada día más dulcemente en el oído y que tenía que esforzarse para conservar la serenidad en su presencia. Una mañana, notando, por huellas de lágrimas recientes, que el tribuno había llorado, se sintió tan profundamente conmovida que la intensidad de este sentimiento la aterrorizó, y dominada por el desprecio de sí misma pasó llorando todo el día.

El carácter del joven patricio se transformaba también visiblemente. En sus conversaciones con Glauco se mostraba menos altanero que antes, y ocurriasele á veces la idea de que aquel pobre médico, esclavo, y Miriam, la anciana extranjera que con tanta solicitud le cuidaba, y Crispo, entregado siempre á la oración, podían ser, no cosas, sino personas dotadas de alma esencialmente igual á la suya. A Oso le había puesto sincero cariño y se complacía en oírle contar curiosos acontecimientos relacionados con la vida de Ligia. Únicamente Nazario le era antipático, porque se le había metido en la cabeza que amaba á Ligia. Por mucho tiempo mantuvo secreta esta aversión; pero un día que el mozo regaló á la virgen dos codornices compradas con dinero ganado trabajando, despertóse dentro del corazón de Vinicio la dormida soberbia del descendiente de los quírites, para quien un extranjero no tenía más valor que un miserable gusano. Al oír á Ligia dar las gracias al adolescente por su regalo, palideció de rabia, y al salir Nazario en busca de agua para los pájaros, la dijo:

— ¿Es posible, Ligia, que admitas presentes de ese joven? ¿Ignoras que á los de su nación les llaman los griegos, perros judíos?

— No sé que nombre les dan los griegos — respondió Ligia;— pero sí que Nazario es cristiano y hermano mío.

Al decir esto contemplaba con tristeza y con asombro al tribuno, pues hacía ya mucho tiempo que no se dejaba arrebatar por accesos de cólera. Vinicio se mordió el labio para no exclamar

que á semejante hermano le condenaría él á morir apaleado ó á cavar en sus viñedos de Sicilia con un cepo en los pies; pero recobrada la calma, dijo:

—Perdóname, Ligia; mas para mi eres de estirpe real é hija adoptiva de Plaucio.

Y, de tal manera aplacó el orgullo, que al volver Nazario á la estancia prometióle regalarle un par de pavos ó faisanes de los que tenía en sus jardines.

Ligia, comprendiendo cuan penosos esfuerzos tenía que hacer el patricio para lograr estas victorias sobre su ingénita soberbia, se los agradecía con alma y vida. Sin embargo, Vinicio en aquella ocasión poco tuvo que violentarse. Nazario no podía producirle sino irritación momentánea, en modo alguno celos, pues aparte de ser aún muy mozo, para el tribuno era simple sumisión de esclavo el cariño que demostraba á Ligia. Mayores repugnancias veíase precisado á vencer para doblegarse ante la veneración continua, ostensible, efusiva, de los que le rodeaban, al nombre y á la doctrina de Cristo. A este respecto sostenía en el entendimiento y en el corazón incesante aunque silenciosa lucha. No dudaba ni de la divinidad de Cristo, ni de su resurrección, ni de los milagros, porque todo era atestiguado por personas dignas del mayor crédito. No obstante, figurábasele esta doctrina opuesta al orden de cosas establecido, impracticable, poco menos que insensata. A su entender, los hombres eran malos así en Roma como en el resto del mundo; pero le parecía excelente la organización del Estado. «Si el César, pensaba, fuese hombre de nobles sentimientos; si el Senado estuviese formado, no por abyectos libertinos, sino por varones como Traseas, nada mejor podría inventarse.» Creía indispensables el imperio romano y la romana soberanía, de igual manera que las diferencias fundamentales entre los hombres. «¿Y á qué se encaminaba la doctrina de Cristo? En primer lugar, á destruir el edificio social; en segundo término, á suprimir toda diferencia y toda jerarquía entre los hombres. Y ¿qué sería del imperio si esta doctrina triunfara? ¿habían de abdicar los romanos el universal dominio y reconocer como iguales á los vencidos?» Esta conclusión repugnaba á su inteligencia patricia.

Lo que pasaba en el alma de Vinicio leíasele la joven en el semblante; vislumbraba á través de la envoltura corpórea la incesante lucha y el triunfo de la incredulidad, ó mejor, de la

repulsión sobre la fe; y esto la entristecía. Pero el respeto tácito del tribuno á Cristo despertaba en el corazón de la virgen piedad y gratitud. Recordando el caso de Pomponia Grecina, el pesar inmenso que ésta sentía por no haber logrado convertir á Plaucio y el temor de no hallarle, después de muerto, en el cielo, Ligia experimentaba parecidos sentimientos; sentíase invadida por amarga tristeza al pensar que ella amaba también á un ser del que probablemente se vería separada en la vida eterna. Sin embargo, de cuando en cuando le penetraba en el corazón angustiado un rayo de esperanza, rayo fugaz que la reanimaba por un instante. Luego volvía á caer en el pesimismo: «¡Cristiano Vinicio! ¿Podían conciliarse estas dos palabras?»

Y notó Ligia con terror que la certidumbre de esta condenación, lejos de infundirle odio, acrecía la piedad y el cariño. Un día quiso persuadir á Vinicio de que fuera de la doctrina de Cristo era la vida mera ilusión. Él contestó: «Mi vida eres tú.» Y ella, aturdida, espantada, huyó, comprendiendo que también tenía necesidad de auxilio para salvarse; y pasó la noche llorando y en oración, convencida de que era indigna de que su voz fuera escuchada del Altísimo. Al día siguiente salió del *cubículo* muy temprano, y, llamando á Crispo, en el jardín le confesó que amaba á Vinicio, que temía salir vencida en la lucha contra esta pasión y que no hallaba otro medio de sus- traerse á ella que abandonar la casa de Miriam.

Crispo era un anciano austero, entregado por completo á la vida ascética, y no supo hallar, no ya palabras de perdón, pero ni siquiera disculpa para aquel amor, según él pecaminoso. Convino con Ligia en que para salvarse debía huir, huir en el acto, para no contaminarse más. Rebosaba de su alma la indignación al considerar que aquella joven fugitiva, colocada bajo su vigilancia, á quien amaba, á quien había confirmado en la fe cultivándola como lirio inmaculado del divino jardín de Cristo, había dado cabida en su corazón á un amor que no era el puro amor de Dios. La decepción le llenaba el alma de amargura y de estupor.

—Vete —le dijo con voz adusta — y ruega á Dios que te perdone los pecados; ponte en salvo antes que el demonio, que te tiene cogida en sus redes infernales, empujándote hacia el abismo, te haga renegar del Salvador. El Hijo de Dios murió en la Cruz y derramó su preciosa sangre para redimirte; mas tu

has preferido al hijo de las tinieblas. ¿Y quién es ese hombre? Un amigo y servidor del Anticristo; su cómplice en la depravación y la iniquidad. Y ¿adonde crees que te conduciría? ¡A los antros de corrupción donde mora y que Dios exterminará con los rayos de su cólera! En verdad te digo: más te valiera haber muerto bajo las ruinas de esta casa derrumbada por la ira celeste que haber consentido que en tu pecho penetrara la serpiente y babeara sobre tu corazón su maldita ponzoña.

El buen anciano exaltábase por momentos. Había soñado en hacer de aquella castísima virgen un ángel, para elevarla á las regiones donde solo se vivía del amor de Cristo, y he aquí que había dado entrada en su corazón al amor profano; que amaba á un augustal. Las palabras le abrasaban los labios como áscuas. No se sentía con valor para perdonarla.

Considerábase culpable Ligia, pero no tanto; y creía que el venerable anciano que desde su fuga del Palatino la había tenido bajo su protección con solicitud paternal, la compadecería al menos, dirigiéndole palabras de consuelo que la fortalecieran para llevar á cabo su resolución.

—Yo ofrezco á Dios— continuó diciendo éste— el desengaño y la pena que me has causado; pero tú has hecho traición al Redentor, y en vez de consagrarle como cáliz precioso tu corazón, diciéndole: «¡Señor, llénalo de tu divina gracia!» has preferido entregarlo á un siervo del espíritu maligno. ¡Dios se apiade de tí y te conceda el perdón! Yo, mientras no arrojes de tu pecho la serpiente venenosa; yo, que te consideraba como una escogida...

Calló súbitamente, porque por entre los sarmientos de las parras y las ramas secas de la yedra vió á dos hombres. Era uno el Apóstol Pedro; al otro no pudo reconocerle á causa de llevar el rostro cubierto con un manto de paño burdo. Atraídos por las voces descompasadas de Crispo se adelantaron y sentáronse en un banco de piedra. Cuando el compañero de Pedro se desembozó, en su semblante ascético, en su espaciosa calva adornada solamente en las sienes por algunos mechones de cabellos ensortijados, en las pobladas y rojizas cejas, en la nariz corva; en suma, en aquella testa no hermosa, pero sí expresiva é inspirada, Crispo reconoció á Pablo de Tarso.

Pedro, dijo:

—¡La paz sea con vosotros!

Y, después de enterarse de lo ocurrido con todos sus pormenores, puso la mano senil sobre la cabeza de la virgen y mirando al anciano presbítero, añadió:

—¿No sabes ¡oh, Crispo! que nuestro adorado Maestro estuvo en las bodas de Canaan y bendijo el amor del marido y la esposa?

Crispo dejó caer los brazos, mirando con asombro al Apóstol, y sintió desfallecimiento.

Después de breve pausa prosiguió éste:

—¿Y crees tú, Crispo, que quien consintió á María de Magdala que se prosternase á sus pies y perdonó á aquella pecadora, apartará los ojos de esta niña pura como el lirio de los valles?

Ligia que, sollozando, había caído arrodillada á los pies de Pedro, se los abrazaba efusivamente, persuadida de que no en vano había confiado en su protección y defensa.

El Apóstol terminó con estas palabras:

—Hasta que los ojos de aquél á quien amas no se hayan abierto á la luz de la verdad, esquivas su presencia para que no te haga caer en pecado. Ruega por él, y ten por cierto que no es culpable tu amor y que te será considerado como mérito el haber querido huir de la tentación. No te descorazonas, no llores; en verdad te digo que no te ha abandonado la gracia del Señor. Tus plegarias serán oídas, y á los días de tristeza seguirán otros de júbilo.

Mientras esto decía su rostro expresaba celestial bondad y ternura.

Crispo tratando de justificarse, objetó:

—He pecado contra la Divina Misericordia; pero creí que al abrir Ligia su corazón á un amor terreno negaba á Cristo...

—Tres veces yo le negué, y, no sólo me perdonó, sino que confiome el encargo de apacentar su rebaño.

—Además—añadió Crispo—no podía olvidar que Vinicio es un augustal.

—Corazonas más empedernidos ha ablandado Jesús—replicó Pedro.

Pablo de Tarso, que hasta entonces había permanecido en silencio, señalándose con el índice el pecho, dijo:

—Yo fui perseguidor y azote de los siervos de Cristo; yo, mientras lapidaban á Esteban, guardaba los mantos de sus verdugos; yo concebí el propósito de extirpar las raíces de la

verdad de todos los lugares de la tierra; y á mi, sin embargo, me eligió el Señor para sembrar en todas partes la semilla de su santa doctrina. Y la he esparcido por Judea, por Grecia, por el Archipiélago y en esta impia Ciudad, donde estuve preso. Y ahora que me llama Pedro, mi superior, vuelvo para sembrarla en este terreno pedregoso, que Dios, sin duda, fertilizará para que pueda recogerse en él abundante cosecha.

Y se levantó; y aquel hombre de baja estatura y encorvado ofrecióse á los ojos de Crispo como quien realmente era: como un gigante que había de rémover los cimientos del mundo y sojuzgar á todos los pueblos de la tierra.

VI

De Petronio á Vinicio.

«Por piedad, carísimo sobrino, no imites en tus cartas á los lacedemonios ni á Julio César. Si al menos hubieses podido escribir como él: ¡*Veni, vidi, vici!* me explicaría tu concisión; pero tu carta solo significa: ¡*Veni, vidi, fugi!* y como semejante desenlace es de todo en todo opuesto á tu carácter, y, además, fuiste herido y te ocurrieron cosas peregrinas, creo indispensable una larga explicación. Me ha sorprendido y maravillado el que ese ligio estrangulara á Crotón como un perro de Caledonia acogota un lobo en las cañadas de Hibernia. Es hombre que vale tanto oro como pesa y en su mano está, sin duda, el convertirse en favorito del César. Cuando me halle de vuelta en Roma, trabaré más íntimo conocimiento con él y haré fundir su estatua en bronce. *Barbarroja* no podrá contener la curiosidad cuando le diga que ha sido tomada del natural, pues las verdaderas formas atléticas van siendo cada día más raras en Italia y en Grecia; del Oriente no hay que hablar siquiera; en cuanto á los germanos, sus músculos desaparecen bajo la grasa, y tienen más corpulencia que fuerza. Pregúntale si es una excepción ó si abundan los hombres como él en su país, pues conviene saber donde están los mejores atletas para cuando se nos encargue organizar juegos en el Circo.

«Demos gracias á los dioses de Oriente y de Occidente por haberte concedido la merced de escapar con vida de sus manos, aunque de algo te habrá valido tu doble calidad de patricio y personaje consular. Tus aventuras me dejan atónito; paré-

cenme cosa de ensueño ó de brujería ese cementerio donde encontraste reunidos á los cristianos, los cristianos mismos, la conducta que han observado contigo, la nueva fuga de Ligia, la tristeza y la inquietud que respira tu breve carta.

«Contéstame pronto, porque ignoro cuando podremos vernos y necesito que me expliques muchas cosas, pues, á decir verdad, ni comprendo á los cristianos, ni á Ligia, ni te comprendo á ti.

«Los deseos, antojos y proyectos varían en la fantasía de *Barbarroja* como los vientos primaverales. Estamos ahora en Benevento y nos proponemos marchar á Grecia antes de volver á Roma, no obstante aconsejarle Tigelino que regrese á la Ciudad, fundado en que el pueblo podría amotinarse á causa de su larga ausencia, ó mejor, á causa de la falta de pan y juegos. Te rogaría que nos acompañases, porque el viaje y las diversiones serían remedio excelente para calmar tu espíritu atribulado, si no temiera que no nos encontraras ya aquí. Lo más prudente es que te vayas á tus propiedades de Sicilia. Háblame extensamente de ti al contestarme. No hago votos sino porque los dioses te conserven la salud, pues, ¡por Polux! te juro que no sé que más desearte.»

Vinicio no se sintió con ganas de contestar; ¿para qué?; Petronio no le comprendería, pues algo había ocurrido desde que se separaron que dejaba abierto un abismo entre los dos.

Sentíase aún muy débil cuando se trasladó del *Transtevere* á su casa de las Carinas, donde, en los primeros días, sintió cierto bienestar en medio del lujo que le rodeaba. Mas no tardó en convertirse de que todo lo que hasta entonces había constituido el interés primordial de su vida no existía ya para él ó había quedado reducido á ínfimas proporciones. La idea de irse á Benevento y á Grecia con Nerón para entregarse á una vida fastuosa y llena de locas aventuras le produjo cierta repugnancia. Por primera vez advirtió que las frases ingeniosas de Petronio, su elegante dicción y sus agudezas no le procuraban sino un placer vano.

Mas, por otro lado, la soledad le angustiaba. Todos sus amigos y conocidos estaban con el César en Benevento, mientras que él tenía que permanecer solitario, en su casa, con la cabeza llena de extrañas ideas y el corazón henchido de opuestos sentimientos. A veces se le ocurría que á tener algún amigo á quien comunicar sus impresiones podría tal vez coordinarlas y comprenderlas mejor.

Y esta penosa inquietud le llevó á contestar á Petronio en los siguientes términos:

«Quieres que te escriba más á menudo y lo haré, aunque no te prometo explicarme con mayor claridad, porque tengo lleno el entendimiento de enigmas. Te hablé ya del trato que me dieron los cristianos durante el tiempo que permaneci entre ellos, de sus incomprensibles bondades y de la nueva desaparición de Ligia. No, amigo mío, no me respetaron por ser personaje consular, como supones, pues para ellos no existen tales consideraciones; recuerda que perdonaron también á Quilón, á pesar de que yo mismo les instigué á que lo enterraran en el jardín. Te añadiré que en mi propia casa no me cuidaran con mayor solicitud; que si Ligia hubiese sido mi hermana ó mi esposa no habría tenido para mí mayores atenciones. Más de una vez pensé que tan tiernos desvelos únicamente podían ser hijos del amor, y más de una vez sorprendí la expresión de este amor en su radiante rostro y en sus dulcísimos ojos. Y ¿lo creerás? Entonces me sentía increíblemente dichoso entre aquella humilde gente, en aquel cuartucho miserable, sala, comedor y cocina á un tiempo. No, Petronio; no le era indiferente, y, sin embargo, huyó, muy á pesar mío, de la casa de Miriam. Ahora paso los días con la cabeza entre las manos preguntándome por qué obró de esta suerte. Te escribi, si no me flaquea la memoria, que le habia ofrecido restituirla á casa de los Aulo; pero me contestó con gran cordura que, aparte de hallarse sus protectores en Sicilia, no fuera prudente tal determinación porque con ella se la expondría á que de nuevo el César la reclamara. Ha desaparecido, como ves, no obstante estar bien convencida, no solamente de que en modo alguno tenia que temer de mí nuevas violencias, sino también de que me hallaba dispuesto á dejarla bajo la protección de Pomponia hasta que me la concedieran como esposa.

«La vispera de su desaparición trabé conocimiento con un hombre extraordinario llamado Pablo de Tarso, quien me habló de Cristo y de su doctrina con tan calurosa convicción, que se me antojó que cada una de sus palabras era como formidable golpe de ariete asestado contra los cimientos de nuestro mundo decrepito. Después de noticiarme que Ligia habia salido de aquella casa, añadió: «Cuando Dios haya abierto tus ojos á la luz, rasgando el velo que los cubre, como rasgó el que cubría

los míos, comprenderás cuan acertada ha sido su resolución y hallarás á tu amada.

«Y desde entonces me devano los sesos como si hubiese oído estas palabras de labios de la Pitonisa de Delfos, si bien á veces me parece descubrir su sentido... Los cristianos, por más que amen á los hombres, son enemigos de nuestro género de vida, de nuestros dioses... y de nuestras maldades.

«Yo, sin embargo, no le habria prohibido creer en su dios y hasta le hubiese erigido un altar en el atrio de mi casa. ¿En qué puede perjudicarme tener un dios más, y por qué no habia de creer en él, yo, que casi desprecio á los antiguos? Estoy firmemente convencido de que los cristianos no mienten jamás y todos juran que Cristo resucitó. Pues bien; un hombre no puede resucitar. Por otro lado, Pablo de Tarso, ciudadano romano, pero de raza judía y versado en el estudio de los antiguos libros hebraicos, me ha asegurado que la venida de Jesucristo habia sido profetizada mil años antes.

«Son sobrenaturales éstas cosas, pero ¿no nos envuelve lo sobrenatural por todos lados?; ¿no se habla todavía de Apolonio de Tiana? Lo afirmado por Pablo respecto de la existencia de un Dios único me parece lógico. Dicen que Séneca, y antes que él muchos otros, lo han creído así. Cristo ha existido, se ha dejado crucificar para redimir al género humano y ha resucitado: todo esto es absolutamente cierto y no hallo motivo para obstinarme en sostener la opinión contraria. ¿Por qué, pues, no he de levantarle un altar, si no tengo inconveniente en erigirselo á Serapis, pongo por caso? Tampoco he de tener ninguna dificultad en renegar de los otros dioses, puesto que ya ninguna persona razonable cree en ellos.

«Mas tengo para mí que esto no satisface á los cristianos; no se contentan con el respeto á Cristo; precisa practicar su doctrina, lo que equivale á encontrarte en la orilla del mar y á que te impongan la obligación de pasarlo á pie. Si les prometiese simplemente hacerlo, considerarían vanas mis promesas. Pablo así me lo dijo, sin ambages ni rodeos.

«Bien sabes cuanto amo á Ligia; no hay cosa que no esté dispuesto á hacer por ella; pero si me ordena levantar con los hombros el Soracta ó el Vesubio, llevarle en la palma de la mano las aguas del lago Trasimeno ó cambiar por ojos azules mis ojos negros, tendré que declarar mi impotencia, pese á mi firme voluntad de obedecerla.

«No soy filósofo; pero tampoco es tan supina mi ignorancia como tú á veces te has creído. Pues fijate en lo que voy á decirte: no sé como se las arreglan los cristianos para acomodarse á la vida real; pero es innegable que en donde comienza su doctrina allí acaba la supremacía romana, toda diferencia entre vencedores y vencidos, entre ricos y pobres, entre hombres libres y esclavos; allí termina el poder supremo del César, las leyes y el orden social establecido, y en sustitución aparece Cristo, y con él, el régimen de una misericordia insólita, una extraña bondad de punto en punto contrapuesta á todos los instintos humanos, á todas las pasiones romanas. Y como tengo en más á mi Ligia que á Roma y su imperio, se me importaría un comino el derrumbamiento del mundo entero, con tal de tenerla á ella en mi morada. Pero, según he apuntado antes, no se satisfacen los cristianos con que se acepte como buena su doctrina; exigen, además, la convicción de que es ella la única verdadera.

«No se contentan con palabras. Con todo, hay algo en mi naturaleza que se resiste á aceptar esta doctrina; y, aun cuando mis labios la ensalzaran, aun cuando conformara mi conducta á sus enseñanzas, la razón me diría á cada instante que lo hacía por amor á Ligia y que, á no ser por Ligia, nada en el mundo me sería más aborrecible. ¡Cosa extraña! Pablo de Tarso penetra todo esto, y lo adivina también, á pesar de sus apariencias de hombre rudo y de su humilde origen, Pedro, el viejo teurgo, discípulo de Cristo, á quien consideran como jefe los cristianos. Y, ¿sabes que hacen para convertirme? Pues rezan, pidiendo á su dios que haga descender sobre mi corazón una cosa que llaman *gracia*... y yo me siento cada día más inquieto, y el tedio se apodera de mi espíritu á cada momento con mayor intensidad.

«Te dije que Ligia huyó sin despedirse de mí; pero no que al partir dejéme á la cabecera del lecho una cruz construida por ella misma con ramitas de mirto entrelazadas (1). La guardo en el larario, y, sin explicarme el por qué, al acercarme á ella

(1) De los anacronismos en que incurre Sienkiewicz, muchos de ellos harto disculpables, en esta novela, es tal vez el de más bulto, é indudablemente el más repetido, el que se refiere al uso de la cruz entre los cristianos. Este uso, tanto en el culto como en la devoción privada, no se introdujo hasta mucho después.

siento respeto y temor, como si realmente fuera cosa divina. Amo esta cruz porque la construyeron sus manos; la odio porque ella nos separa. Se me antoja á veces ver en todo esto artes de brujería; que el teurgo Pedro, aunque se haga pasar por sencillo pescador, es más grande que Apolonio de Tiana y cuantos le precedieron, y que nos ha hechizado á Ligia, á mí y á Pomponia.

«Al regresar á casa, conforme te dije, como nadie me esperaba, pues me suponían en Benevento, lo hallé todo en desorden; los esclavos celebraban un banquete en mi *triclinio* y, no obstante hallarse todos ebrios, la muerte no les habría aterrorizado como les aterrorizó mi aparición. Todos se arrojaron á mis pies; á algunos el espanto les hizo perder el sentido. ¿Pues sabes lo qué hice? Mi primer impulso fué mandarles apalear y martirizar con hierros candentes; mas, bien pronto, me dió como vergüenza de haberme encolerizado y acabé por compadecer á aquellos infelices, entre los cuales hay algunos viejos que mi abuelo Marco Vinicio trajo de las riberas del Rhin, en tiempo de Augusto. Me encerré en la biblioteca y se agolparon á mi mente extrañas ideas: por ejemplo, la de que no debía en adelante tratar á los esclavos como lo había hecho hasta entonces; pues que también eran hombres. Durante dos días estuvieron alocados por el espanto, pues suponían que aplazaba el castigo para inventar refinados suplicios... y, sin embargo, no les castigaba porque no me sentía con valor para ello. Al tercer día los reuní y les dije: «Os perdono: procurad hacerme olvidar vuestras faltas con el esmero en el servicio.» Al oír estas palabras cayeron todos de hinojos, deshechos en llanto, tendiéndome los brazos, llamándome «señor» y «padre.» Yo, me da vergüenza confesártelo, también me conmoví hondamente. Desde entonces me sirven con mayor celo y diligencia; de tal manera, que todos rivalizan en adelantarse á mis deseos. Jamás la severidad les estimuló como les estimula ahora la gratitud. Te cuento esto porque un día, á la objeción de que el triunfo de la doctrina cristiana haría estallar el mundo como tonel repentinamente despojado de sus aros, el Apóstol Pablo me respondió: «El amor es más fuerte que el terrorismo.» Y, en verdad, la observación me ha demostrado que, en ciertas circunstancias, la sentencia es exacta.

«Lo he podido comprobar en las relaciones con mis clientes, los cuales, sabedores de mi regreso, se apresuraron á cumpli-

mentarme. No ignoras que he sido siempre dadivoso con ellos, como mi padre; pero también como mi padre, hasta ahora les había tratado con altanería. Pues bien; al verles con sus rostros demacrados y sus vestidos andrajosos no pude reprimir el sentimiento de la compasión y ordené que les dieran de comer, hablé con algunos, llamé á otros por sus nombres, pregunté á varios por su mujer é hijos, y esta conducta dió por resultado que se inundaran de lágrimas muchos ojos y que á mi me pareciese ver á Ligia sonriendo de satisfacción y confortándose con palabras de alabanza. ¿Empiezo á perder la razón? ¿transforma el amor mis sentidos?... No lo sé... pero de continuo experimento la alucinación de hallarme bajo las miradas de Ligia y temo realizar actos que puedan ofenderla, ó siquiera afligirla.

«Si, Cayo; mi alma se ha transformado, y esta transformación unas veces me halaga, otras me tortura, pues temo haber perdido el valor, la energía que me caracterizaba, haberme quedado inepto, no solamente para razonar y divertirme, sino también para hacer la guerra. Decididamente hay en todo esto artes de encantamiento. De tal modo he cambiado, que, cuando yacía enfermo, más de una vez se me ocurrió pensar: si Ligia se pareciese á cualquiera de las mujeres romanas, si como ellas fuese depravada, cruel y ligera, no la amaría como la amo. Pero, si precisamenté la amo por el mismo motivo que nos separa, excuso decirte qué caos ha de haber en mi cerebro y en medio de que tinieblas he de vivir.

«No saldré de Roma. Me sería insoportable la compañía de los augustales; el único consuelo á mi dolor es no estar lejos de Ligia y tener la convicción de que, por conducto del médico Glauco, que ha prometido venir á verme, ó de Pablo de Tarso, podré de cuando en cuando tener noticias de ella. No, no saldría de Roma aunque me ofreciesen enviarme de gobernador á Egipto. He ordenado levantar un monumento fúnebre á Gulón, aquel esclavo á quien quité la vida en un acceso de cólera. Demasiado tarde me he acordado de que me llevó en brazos cuando yo era niño; de que me enseñó á poner la flecha en el arco. No alcanzo á comprender porque su recuerdo despierta en mi alma el sentimiento de la piedad, ó, más bien, remordimientos.

«Si lo que te escribo te sorprende, ten por cierto que también me sorprende á mi; pero te digo la verdad escueta.»

VII

Petronio, confiado en que el César daría orden de regresar á Roma de un día á otro, no contestó la carta de Vinicio.

Por fin Elio, liberto de Nerón, anunció al Senado el retorno del César. La noticia se extendió rápidamente por la Ciudad, alborozando á la plebe, aburrída por falta de diversiones y ávida de repartos de trigo y de aceite, substancias acumuladas en cantidades enormes en los depósitos de Ostia.

Pero Nerón no se daba ninguna prisa en volver, y habiendo embarcado con el cortejo imperial cerca del cabo Miseno, se detenía en las ciudades marítimas, ora para descansar, ora para exhibirse en la escena. En Minturno, donde cantó en público, estuvo algunos días dudando si continuaría el viaje ó volvería á Nápoles para esperar allí la primavera que aquel año, á juzgar por algunas señales, se anticipaba.

Entre tanto, Vinicio permanecía encerrado en su casa, pensando siempre en Ligia y sin ver apenas á otra persona que al médico Glauco, quien le visitaba á menudo, con gran contento por parte del tribuno, porque podía discurrir con él acerca de Ligia. Ignoraba el buen médico el nuevo refugio de la doncella; pero sabía que los ancianos de la comunidad la trataban con entrañable solicitud y afecto paternal. Apiadado de la aficción de Vinicio, le explicó un día que el Apóstol Pedro había reprendido acerbamente á Crispo por reprochar á Ligia su amor terrenal. Esta noticia hizo palidecer de emoción al joven patricio, pues si bien no pocas veces había sospechado que Ligia le amaba, en el acto la duda desvanecía las esperanzas, mientras que ahora éstas eran fortalecidas por fidedigno testimonio.

«Puesto que Ligia me ama, pensaba, de mi depende hacerla mi esposa, y debo allanar cuantos obstáculos se oponen á ello, reconociendo á su dios, prosternándome ante Jesucristo.» El mismo Glauco le inducía á pedir el bautismo, pero sin asegurarle que con ello recobraría á su amada; advirtiéndole que debía aspirarse á este sacramento por amor á Cristo, no por otras causas. «Es preciso tener el alma cristiana» le decía; y Vinicio, á pesar de que toda contradicción le ponía fuera de